

recortando alas de bronce en el corazón de nuestros niños.

Mi buen amigo, nos decía, como buscando amparo en nosotros en sus cartas deliciosas al pedirnos apoyo para tramitación de cajón que a su fino genio parecían montañas cuando nos eran fácil labor que prestábamos a todos. Eramos tres o cuatro a los cuales escribía y en quienes confiaba. ¿Por qué? Misterios que frecuentan a menudo los rincones de la modestia verdadera. Ignoraba que los amparados éramos nosotros, recibidores de su prosa delicada, coraza perfecta de su idioma.

Aprendimos en su correspondencia lo que no podía darnos ni libro ni enseñanza escrita alguna: el camino madurado con ternura de letras envejecidas hechas en su regazo, tibias palomas de incierta y recién comenzada vida.

Se fue. Así dicen. Pero es más seguro que no. Eso es lo que he venido a decir en nombre de los que aquí nos sentamos, mis compañeros conservadores, en este día en que su tierra la aprieta más firme que nunca y sus letras palpitan tan fuertes como si fueran verdaderos corazones.

Primero, camino de la escuela; después, de la celebridad; por fin, de la soledad, descubrió tres cosas: lo primero fue que la belleza no está —es—; no se busca —se recibe—; no se encuentra —se hace—. ¿Con qué?, ¿con trabajo?, ¿con arte de fabricante? —Más bien con paciencia de pastor. Después, encontró que las cosas necesitan ese dicho madurar señalado para llegar a poseer una vida auténtica; descubrió el secreto de la palmera, su paciencia infinita entre la arena y el sol. Por fin, descubrió que hay que pedir para que le den, pero primero hay que dar para recibir, y que aun el padre exige el beso y el respeto al hijo al que más quiere. Una excepción, sin embargo, encontró esa regla que mueve a los hombres en ella misma, y es la que ciñe a la madre a dar siempre sin recibir.

Por eso, Gabriela, amiga nuestra, les está diciendo ahora mismo qué maravillas a cuántos chiquititos extasiados.

El señor ALESSANDRI, don Fernando (Presidente).—Tiene la palabra el Honorable señor González, don Eugenio.

El señor GONZALEZ (don Eugenio).— Señor Presidente:

Más que la solemne magnificencia del duelo público, armoniza con el espíritu de Gabriela Mistral y el estilo de su vida, el espontáneo y unánime pesar de nuestro pueblo, al que ella ha dado en el mundo tanto honor. Para adherir al homenaje del Senado, en nombre de mi partido, sólo he de referirme en sucintas alusiones a sus virtudes de poetisa, de maestro y de mujer. Todo cuanto de importante pueden decir acerca de ella los contemporáneos, ya se ha dicho. Otras generaciones descubrirán en su obra nuevos aspectos, insólitas resonancias, acaso imprevisibles mensajes: siendo, como es, auténtica, nunca dejará de dar, a quienes busquen en ella su propia verdad, íntimas respuestas de belleza imperecedera. Porque fue un don de belleza imperecedera —el más puro, el de la gran poesía— el que trajo a la vida de los hombres esta chilena preciosa.

Suprema generosidad la suya, pues se dio entera en sus poemas tremantes; genuino magisterio de elevación espiritual el que ejerció, superando su entrañable desventura; ejemplo de ánimo fuerte su austera actitud ante la vida y ante la gloria. El aislamiento en que quiso vivir no fue refugio de medroso egoísmo, ni alivio de contactos ingratos con una realidad desdénada. Tampoco orgullosa repulsa a un medio incomprensivo: tempranamente su obra fue ensalzada y su prestigio tuvo una amplitud continental. Es que era demasiado profunda para encandilarse con los galardones que la sociedad le deparaba. Libre de mezquinos apremios, pudo seguir su vocación ascética, ahondando en su vida interior, para ella la vida verdadera.

Desde su briosa juventud hasta su vejez resignada, marca su obra una trayectoria vital y poética de intensa humanidad: al comienzo, hervor de pasionales impulsos que la llevan al borde de las negaciones violentas, amoroso afán exasperado por un adverso destino, tristeza cósmica y humana, apenas atenuada por un destello de fe religiosa; más tarde, angustia y reverencia ante el misterio de cada ser y de cada cosa, anhelo de infinitud en medio del desamparo acerbo, secreto fervor sublimado en efusiones maternas; por último, soledad del alma que espera, en vigilia de renunciamentos, la "cierta muerte", búsqueda de la liberación definitiva y del perfecto júbilo. Cuanto ella expresó en su original lenguaje —áspero y quemante casi siempre, aunque también capaz de máxima ternura— le dio el sentido de trascendencia y universalidad que finalmente la consagró ante el mundo.

Lo que soñó en la vida, lo vivió en el sueño. Ahora, mientras su carne se disgrega cerca de nosotros, viaja en tinieblas inenarrables, dentro del sueño más hondo, hacia la excelsitud del conocimiento y del amor. No promovamos demasiado ruido en torno a quien gustó del silencio donde germinan las eternas verdades; no turbemos el tránsito de la taciturna solitaria con la agitación de muchedumbres fraternales que ella comprendió, amó y sirvió, pero desde lejos; no contrariemos la sobria nobleza de su sencilla existencia con excesos de congoja ceremonial. Lo que hacemos por enaltecerla revela el deseo de enaltecernos a nosotros mismos, porque una voz nuestra —su voz de patético acento— se ha unido al coro egregio de aquellos seres excepcionales que magnifican con sus creaciones y sus actos la condición humana y son, en el curso de los siglos, testimonio vivificante de la grandeza del espíritu.

El señor MARTONES.—Niños y ancianos, hombres y mujeres de todas las razas, edades y condiciones sociales, de todos los pueblos del mundo, y en especial de los de esta tierra americana, conmo-

vidos en lo más hondo de su espíritu, lloran doloridos la muerte de la que fuera la humilde maestra de Monte Grande y, más tarde, la Divina Gabriela.

¿Por qué tanto dolor? ¿Qué es lo que lloran las gentes del pueblo? ¿Lloran acaso la pérdida física de la excelsa poetisa que, desde 1945, ya ocupaba un sitio entre los inmortales? ¿Sienten la pena de no poder conocer nuevas producciones de su cerebro fecundado por los cristalinos sentimientos de su alma pura?

La vida material de Gabriela Mistral, fue detenida por este suceso tan natural como ineluctable, que es la muerte, a la edad en que ya es justo esperar eterno reposo. Su vasta y extraordinaria obra literaria cubrirá los sentidos, exaltará los espíritus y conmoverá el alma humana por muchos siglos.

¿Por qué, entonces, la llora el niño que aún no ha gustado de sus diáfanos rondos infantiles? ¿por qué la llora la mujer del pueblo que nunca oyó su voz y que, analfabeta, no supo del placer de leer sus versos? ¿por qué la llora la niña feliz que no alcanza a comprender el dolor que inspiraron sus "Sonetos de la Muerte"? ¿por qué la llora el obrero endurecido en su condición de explotado y ausente, muchas veces, de los deleites intelectuales? ¿por qué la lloran el rústico campesino, el hombre del mar, el calichero de la pampa y el minero de los socabones de sombras eternas?

La lloran, señor Presidente, porque la vida de Gabriela Mistral, diáfana como su poesía, es un ejemplo que sólo encuentra igual entre las más señeras personalidades de la mística universal; la lloran porque la saben suya, porque fue y es alma del pueblo, porque está hecha de arcilla proletaria, porque nació humilde y fue siempre humilde aun en su grandeza, sin dejar que jamás la corroyeran la vanidad, lo fatuo, la pompa o lo superfluo.

Fue humilde y leal a su condición de mujer nacida en la casita pueblerina. ¡Qué ejemplo de grandeza moral! ¡Nunca olvidó a los suyos! Vivió y actuó como forja-

dora de almas. Elevó sus ruegos y plegarias en favor de los escarnecidos por el despiado social.

Gabriela Mistral, con espíritu místico, se alzó frente a la injusticia y tuvo admoniciones brotadas de su alma de madre espiritual para condenar el abandono al niño descalzo, que pulula por los campos y aldeas como un insulto a la civilización. Ahí está su palabra de Santa, su palabra de fuego, señalando a los hombres su crimen social:

"Piececitos de niño,
azulosos de frío.
¡Cómo os ven y no os cubren,
Dios mío!"

.....

"El hombre ciego ignora
que por donde pasáis,
¡una flor de luz viva
dejáis!"

"El dolor del niño de
"¡Piececitos heridos
por los guijarros todos,
ultrajados de nieves
y lodos!"

Es su propio dolor trasuntado en verso.

Amó al niño de Chile, al niño de América, al niño universal, a los niños huérfanos de la Guerra Civil española; y a mitigar el dolor de las inocentes víctimas del crimen fratricida, destinó el producto de su libro "Tala".

Gabriela Mistral fue una combatiente por el supremo ideal de la paz. Sin estridencias demagógicas, sin actitudes espectaculares, sin suscribir llamados interesados, espontáneamente, definió posiciones frente a la barbarie, condenó la guerra, se elevó majestuosamente por sobre los intereses creados y conmovió las almas con su recado "La Palabra Maldita", en el que expresa su profundo amor por la paz. Hizo tanto por ella, que, justicieramente, a sus muchos y bien merecidos títulos, podría agregársele el de Hermana de la Paz.

Gabriela Mistral amó la tierra, amó a sus campesinos, comprendió su tragedia y bregó denodada pero inútilmente por la reforma agraria. En prosa y en verso, valientemente su pensamiento sobre esta materia; calificó al latifundio de "horrible y deshonesto"; dijo que "él formaba parte del bloque de la crueldad conquistadora y colonial". Hablando en el Teatro Municipal de Santiago, sobre este tema, expresó en 1954: "Nunca se podrá vivir el absurdo de un campesino sin predio, lechero sin pradera, vendimiador sin viñedo, ni productor de fresas sin huerto, como ocurre en Chile, donde la mansedumbre popular no reclama su partija de tierra para el cultivo".

En versos encendidos de amor y de mística social, cantó a la tierra:

"Es bella, y por bella queremos
su césped de rondas albear;
es libre, y por libre queremos
su rostro de cantos bañar...".
"Mañana abriremos sus rocas,
la haremos viñedo y poñar;
mañana alzaremos sus pueblos;
¡hoy sólo queremos danzar!"

Señor Presidente, es a esta Gabriela, a la que empinada sobre la gloria que le significó el Premio Nóbel; a la que, por encima de su volumen intelectual, supo siempre ser humilde, comprensiva y buena; a la que supo conservar su condición de maestra del Valle de Elqui, aun cuando hacía clases doctorales en las universidades de la América Rubia; a la que nunca dejó de sentirse sangre y carne del pueblo que la prohió; es a ésta a la que nosotros, los hijos del pueblo, lloramos, y ante su muerte sentimos recogido nuestro espíritu, como si se hubiese ido una hermana, una hermana de clase.

En nombre del Partido Democrático y del Partido Socialista de Chile, formados por gentes humildes como Gabriela y sus progenitores, rindo nuestro cálido homenaje a la mujer nacida en nuestro medio y que lleva desde su aparición el signo de

lo pujante que hay como potencia de raza en nuestro pueblo.

Ante su partida, enlutamos nuestros estandartes y en el Senado de la República dejamos constancia de nuestro dolor.

He dicho.

El señor ALESSANDRI, don Fernando (Presidente).—Tiene la palabra el Honorable señor Izquierdo.

El señor IZQUIERDO.—Señor Presidente:

No hace muchos días, el Senado rindió homenaje a un hijo ilustre de esta tierra, don Claudio Matte. En esa oportunidad, la voz de mi partido —el agrariolaborista— no pudo estar presente para sumarse a las expresiones de justo elogio a la personalidad de tan gran ciudadano. Nuestra escasa representación en esta alta corporación, reducida prácticamente a la unidad, por la ausencia de mi Honorable colega el Senador señor Blas Bellolio, que cumple una misión en las Naciones Unidas, determina que nuestro partido aparezca, a veces, ausente en las demostraciones del sentimiento unánime de pesar del Senado, cuando el País todo se estremece de emoción ante la partida sin regreso de nuestros conciudadanos de mayor valía.

A los pocos días del fallecimiento del señor Matte, y cuando aún la chilenidad no se reponía del impacto sufrido por tan dolorosa pérdida, tenemos que sopor-tar el rudo golpe de la muerte de la mujer excelsa que dio a Chile gloria y renombre en el exterior por su extraordinaria creación literaria, que mereció para ella el galardón más deseado por quienes ambicionan alcanzar en el mundo de las letras la cumbre de la fama, la cima de los honores: el Premio Nobel de Literatura, que le fue otorgado en 1945.

El País no quisiera nunca afrontar la realidad inevitable del desaparecimiento de sus mejores hijos. Es natural que rehuya vivir la hora de la adversidad, que resista el encuentro con la verdad amarga y cruel. Es duro para un país perder a los hijos que le dan fama y respetabili-

dad universal. Los quisiera ver siempre vivos y presentes, como ejemplos permanentes de las ansias de grandeza de una nacionalidad que pugna por ascender sin tregua a un sitio de honor entre las naciones. Chile es uno de estos países que, con un manojito ardiente de ambiciones, ha tenido la ventura de contar con personalidades de alcurnia intelectual, elevados al rango de jerarcas en las más importantes disciplinas intelectuales y artísticas.

Honra de Chile y de la intelectualidad iberoamericana, ha sido José Toribio Medina, señalado por la unanimidad de los historiadores e investigadores, como el más grande historiógrafo y polígrafo de habla hispana, en la honrosa compañía del gran Menéndez y Pelayo.

Prestigio de Chile y de la cultura americana, el venezolano ilustre, Andrés Bello, que halló en su patria adoptiva un campo propicio para las creaciones de su espíritu y de su inteligencia en las letras y en las ciencias jurídicas.

Orgullo de Chile, la pléyade de sus historiadores, de sus juristas, de sus maestros y de algunos de sus estadistas ejemplares.

Todos ellos son la afirmación rotunda de una nacionalidad que tiene fe en sí misma, dominio de los obstáculos, capacidad para vencerlos.

Afirmación de un pueblo que tiene vida espiritual e intelectual a pesar de las adversidades y de la pobreza de sus recursos, que tiene la voluntad y la decisión de llegar a ser grande.

Se ha sostenido que Chile no podía ser jamás un país de poetas, por ser una cinta de tierra engastada angustiosamente entre la montaña y el mar, entre una montaña de las más altas y empinadas del mundo y el más grande océano en los siete mares, habitada por gentes de ascendencia vasca y castellana, en la altura, y por un sector de ascendencia andaluza y otro de mestizaje que quedaron rezagados en las capas bajas de la población; que vive sin la amplitud del horizonte de la